

La palabra-ligadura de Blanca Varela*

Postergación, llanto e incertidumbre son algunos de los síntomas que se detectan en el *Concierto animal*, reciente poemario de Blanca Varela (Lima, 1926), poeta que tras sus inicios bajo el influjo surrealista se encamina hacia una concepción trágica del ser, manteniendo el desgarramiento de una voz poética que parece ahora habituarse al abismo, malviviendo en el doblez, reconociéndose estigmatizada por el mal, la indecisión o la ceguera modernas, sobreviviente de la mayor pérdida —la de lo sagrado, y abocada a la decadencia, a una abyecta precipitación en el seno de la barbarie. El hombre que canta la poeta se debate entre el placer y el dolor, vacila entre la dicha y el abatimiento, pues en sí se «conciertan» el instinto y la mendicidad más precarios junto a la más aplastante y lúcida racionalidad. Para Blanca Varela, la existencia traduce el padecimiento del *Dasein* hegeliano, alejada como se halla de la pura luminosidad y de la obscuridad absoluta, adocenada en

* Blanca Varela: *Concierto animal*, Pre-Textos, Valencia, 1999.

el territorio de lo esencialmente humano, esto es, inserta en la *luz enturbiada* [*getrübttes Licht*] de su *concreto* vivir. Dice así de aquél «que se revuelca en barro»:

{...}

engastado en la mugre
diamante singular astro en penumbra
encuentra y pierde a dios
en su pelambre
connubio de atragantada melodía
y agonía gozosa
se necesita el don
para entrar en la charca

Malquisto por los dioses y sin el amparo de Atenea, el hombre adopta un consuetudinario estar «sin remisión», se somete al caos, y sólo así soporta su condición fatal. La poesía de Blanca Varela se adentra hasta los exánimes rescoldos de la personalidad alienada, se reconcilia con su ser-culpable, acepta sin rubor la carga que se le ha encomendado —su «tacho de basura», siempre deudora, frágil y necesitada, pero, a la vez, orgullosa y firme en su declinar. No por ello, sin embargo, deja de ceder a la nostalgia, preguntándose perentoriamente —como lo hiciera Manrique— por el acontecer de las glorias pasadas, alentada por el renovado disfrute de aquellas tierras en otro tiempo sagradas, acaso en el regreso al *arae* de las culturas primitivas, acaso allí, en el áulico esplendor de una Cartago cirlotiana definitivamente en ruinas, un hogar del que nos hemos voluntariamente despa-

triado, «magro aceite», «tierra de sal» en el poema, pues jamás se pudo concebir viaje alguno de más trágico fin.

Una y otra vez se asoma al poema de Blanca Varela la araña, identificándose la poeta con el nervudo perfil de esta insaciable tejedora y su paulatino hilvanar, con ese sutil e «inofensivo» entramado en el límite del espacio físico, sobre el que pasearse y retar al más afamado equilibrista. Como aquélla se mantiene también la poeta, funambulesca y solitaria, a la espera de atrapar en su tejido «la vieja palabra jamás escrita». Una palabra «vampírica» la de esta limeña, que engulle para sí todas las experiencias vitales que habrán de ser luego alimento espiritual de su letra; una concepción de la escritura que comparte con Eugenio Trías, una auténtica «copulación *in extremis*».

incorpóreo paseo del sol a lo umbrío
 agua música en la sombra viviente
 atraveso la afilada vagina
 que me guía de la ceguera a la luz

bajo la alta cúpula sonora
 en este colosal simulacro de nido
 toco el vientre marino con mi vientre
 registro minuciosamente mi cuerpo
 hurgo mis sentimientos
 estoy viva

En *Concierto animal* entramos en comunicación vital con la entrega amorosa más solícita y desinhibida –la del mar y el viento hechos ola en su íntimo abrazo, recibimos el único y verdadero aprendizaje de

todo hombre –el de «lo pequeño» pascaliano, nos angustiamos ante la disolución que nos espera tras la «innominada nada», contemplamos la vida como violenta irrupción, éxtasis visceral o «crepitar de lamentos» que nace a oscuras y *no sabiendo* se oculta... y en todos y cada uno de sus versos una misma palabra impregnándose de sangre hasta los tuétanos, acompasándose al laborioso obrar de las Parcas, sobreviviéndose en el acaecer inmutable de las edades, allí donde la vorágine exultante de la vida se transmuta en obra.

En efecto, Blanca Varela «concierta» su poesía, su engarzar de ritmos y palabras, con el hombre, con la queja y el hambre de este pequeño mendigo, este animal de fondo proscrito en el terreno de las sombras, atrapado en su propia miseria y podredumbre. *Concierto animal* columbra, traza desde el verso –cual arácnido en su filamentosa red– el misterio de la «trama única», ese designio superior que organiza la urdimbre de cosas y seres, todas las repeticiones que materializan, al cabo, lo divino y eterno en «interminable coda», en ligadura musical que religa en su seno la melodía de todo lo vivido y por vivirse. Más allá de intervalos o límites inciertos quede, pues, este espacio y tiempo *sine die*, esta experiencia de lo inmensamente abierto en la voz de Blanca Varela.

Marianela Navarro Santos